

CASA DE LA PICALUGA  
CALLE DE LA PICALUGA  
MADRID

LA OREJA DE PICALUGA



CIRO B. CEBALLOS

LA OREJA

DE

PICALUGA



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

MEXICO  
IMPRESA CENTRAL.—CALLE DE LA ACEQUIA NÚM. 12.

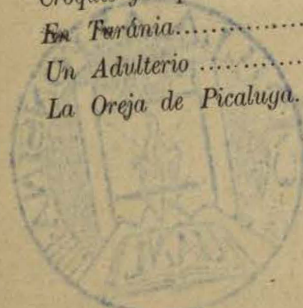
1905

86121



DEL MISMO AUTOR

<i>Claro-Obscuro</i> .....	1 vol.
<i>Croquis y Sepias</i> .....	1 —
<i>En Teránia</i> .....	1 —
<i>Un Adulterio</i> .....	1 —
<i>La Oreja de Picaluga</i> .....	1 —



RICARDO COVARRUBIAS  
FONDO

815178

---

Me imagino un pórtico de esbelta arquitectura levantado sobre el humus del planeta bajo el amparo de la bóveda de un cielo del más transparente azul, por la ciencia de un insigne arquitecto del siglo de Pericles, cobijando, majestuosamente, bajo sus columnas de mármol extraído de las canteras de Paros á una magna Musa de caucásica hermosura, que, con ademán augusto, contempla, á sus pies, el hacinamiento formado por los volúmenes producidos por el esfuerzo intelectual de los meditadores de todos los tiempos.....!



Atrás, sobre los suaves tintes de un espasmo crepuscular impregnado de poesía infinita una abigarrada alegoría representando en todos sus aspectos los detalles más culminantes de la inmensa tragedia de la vida.

Adelante, una aurora llena de engeuedoras claridades.....!

Porque la Historia, esa Deidad solemne, es una redentora de la humanidad.

Ella comenta en sus páginas severas los acontecimientos que más poderosamente influyen en el pugnaz esfuerzo de las actividades de los hombres en su perenne afán por llegar por medio de las altas voliciones del pensamiento hacia el destino, que, la obra generosa de la inevitable evolución social está llamada á depararles, á pesar de todas las contiendas, en el gran momento, en que, manumitidos de las servidumbres de la igno-

rancia puedan por la obra milagrosa de la fraternidad contemplar sin rubor los resplandores centelleantes que iluminan á los mundos desde todos los ámbitos del Universo!.....

Así, Cayo Tácito, colocado con un fruncimiento de cejas en el rostro junto al basamento del pedestal, de la augusta Clío, produce, al apuntar con su índice hacia el foco donde se condensa la luz de la verdad, una requisitoria, llena de tremendas enseñanzas para las generaciones del porvenir, la cual, cae, cual un látigo de fuego blandido por un arcángel vengador, sobre las espaldas de la tiranía, resolviéndose después, en un estremecimiento de pasión que á la postre, orea, como un viento cargado de ozono las supuraciones políticas de todos los emperadores ajusticiados en el tribunal del honor popular bajo la fuerza abrumante de su lógica!



Así, Cayo Suetonio, biografiando á los césares reblandecidos con una imparcialidad singular incrustada en un estilo de pureza inmaculada que suscita el encanto más arrobador en el alma, logra arrancar sin esfuerzo, de sus testas dementes, las coronas de laurel, que el extravío del envilecimiento cortesano, había permitido colocar, hasta en los discos de sus monedas, para presentarlos, luego, ante los ojos de las posteridades atónitas, despojados por completo, de la divina leyenda que alimentada por la mentira, á sus espaldas, como una aureola de hoguera, hacía destacar sus figuras con las extraordinarias proporciones que ostentaban, en la mitología, los dioses engendrados por las jupiterianas concupiscencias cabe los fúlgidos corpúsculos de las nubes olímpicas.

Así, Cayo César, sin llegar á los señorios de observación en que vemos encum-

brarse á los mencionados escritores, logra traducir, informado por su honradez insuperable, los acontecimientos en que intervino como principal artífice en medio de una evocación artística que inmortaliza las páginas candentes de sus «Comentarios»....!

Pero estos hermosos modelos de la historia sólo pueden ser producidos por una naturaleza de superiores condiciones acrisolada en una de esas disciplinas incorruptibles que se derivan de una gran solidez de principios amalgamada á un grado de cultura eminentísimo....

En efecto, el historiador da á los héroes la consagración de la gloria desde un punto de la creación inaccesible á las corrupciones pestilentes del fraude que las bajas esferas del encono producen!

El lleva al debate de las especulaciones sociológicas un caudal de investiga-



ciones que por su amplitud permite á los que ejercen el sacerdocio de la crítica, justipreciar, en sus genuinos caracteres, las detenciones de los magistrados ofuscados por el mando, para lanzar sobre su memoria, el castigo de la execración que inevitablemente debe caer sobre los malos pastores del pueblo que osaron obstruir los florecimientos de las repúblicas por ellos presididas.

El sabe advertir que la espada no debe preponderar sobre los códigos constituyéndose en auxiliar de la justicia al señalar á los entendimientos elevados los crímenes perpetrados por las dictaduras del pasado.....!

Es indiscutible que el historiador verdadero, el historiador honorable, el historiador de buena raza, el historiador que pretenda cumplir con elevación de miras su difícil cometido de narrador, en términos, que, le produzcan el respeto,

debe poseer, como cualidad elemental de carácter ético, para el fin que la noble empresa presupone, en el prestigio de la exactitud, una serenidad imperturbable que haciéndolo desatenderse de las parcialidades malsanas lo ponga á cubierto de los extravíos que arrastran á las intemperancias de las apreciaciones injustas.

Para lograr la adquisición de esa preciosa virtud, es de todo punto necesario un alejamiento de la época sometida á la observación que amortigüe, de una manera absoluta, las exaltaciones que pueden embargar el ánimo del autor cuando éste suele hallarse ligado á los acontecimientos que narra por compromisos de bandería.

De un período de combate no puede surgir en lo inmediato un comentarista dotado de la estricta calma á que aludo porque el espectáculo de las pasiones de



partido exasperadas por las pependencias del combate no es propicio ni con mucho para ello.

Cuando acontece que el compilador de los sucesos se encuentra comprometido por intereses personales á la situación que somete á su estudio, la consecuencia inmediata de ese compromiso, hace que su obra resulte apasionada hasta el dolo é incapaz por ende de ser tomada en consideración de una manera seria por las personas sensatas.

En ese caso es muy posible que el malaventurado escritor contraiga tremendas responsabilidades ante la sociedad donde pretende hacerse oír, pues, las circunstancias especiales en que su menguada avilantez lo coloca, le obligan forzosamente á entrar, con supino descaro, en el campo vedado de la charlatanería, inmolando en aras del despecho la honrabilidad individual que debiera ser la con-

dición primordial de su orientación de analista.

La acumulación de datos históricos es de tan grave manera importante entre nosotros, que la desordenada aplicación de su cultivo, ha dado por resultado el hecho tristísimo, de que, hasta medianías absolutamente inapreciables é indignas de consideración intelectual alguna, hayan logrado, por la moción de la importancia intrínseca del asunto que estropean, ocupar lugares, de relativa distinción, entre las gentes letradas, á pesar de no poder pasar aún ante los seres imperfectos más que como unos genuinos recopiladores de mala fe á la manera del tristemente famoso César Cantú.

La explicación del fenómeno es muy clara.

Esa copiosa prole de espúreos timadores de mediocres talentos se concreta únicamente á explotar de cualquier modo los



documentos valiosos, acumulados en los archivos históricos, con la seguridad previa, de que, sus atentatorias audacias, quedaran perennemente impunes por la carencia absoluta en que nos hallamos de literatos de circunspección capaces de castigar á tan calamitosos burladores de la verdad.

Todavía no se ha podido lograr aunque por el objeto han trabajado con acusioso empeño los más ilustres pensadores, el que se organicen, por los gobiernos, servicios públicos adecuados para el logro de la ordenada conglomeración de lo que pudiera muy bien llamarse la materia prima histórica.

De ahí que el antagonismo entre los intereses privados que pretenden explotar esos tesoros impulsados por fines aviesos, choque, de brusco modo, con la acción colectiva que, se endereza, anhelando su examen, preocupada por el plausi-

ble empeño de servir á la patria procurando aprovecharlos en beneficio del pueblo, que, camina valeroso hacia los ideales constitucionalistas á pesar de sentir su frente abrumada por el peso aplastante de las más infandas tiranías....!

De ahí que una parvada de necrófagos de la abominable laya de los que forman sus reputaciones efímeras devorando los cadáveres de los inmortales, se lance á picotear, las memorias de los desaparecidos insignes, para robar á sus cráneos carcomidos por la tierra las rutilaciones fulgurantes que no pudieron arrancar á sus dislocados encéfalos de enfermos.....!

\* \* \*

Aun cuando en nuestro suelo han visto la luz pensadores tan fuertes como el Dr. Coss y como Quintana Roo y como Mora y como Zavala y como Valentín Gómez



Farías y como Arriaga y como Zarco y como Ramírez y como Orozco y Berra y como Altamirano y como Icazbalceta y como Prieto y como Vigil, no hemos podido gloriarnos todavía, de poseer, verdaderos críticos é historiógrafos de la estatura gigantesca de aquellos latinos apolónicos de la gran época á quienes me he referido líneas arriba, no hemos logrado tenerlos, no solamente porque nuestra educación es incipiente hasta lo rudimentario y defectuosa hasta la deformidad, sino porque, el fundente espíritu revolucionario que nos legó Hidalgo desde Dolores, persiste aún, dividiendo y sembrando la discordia y la porfía hasta en la improfanabilidad de los hogares debido á la grandeza y á la excelsitud de los intereses puestos en pugna para la procuración de la conquista absoluta y definitiva de la independenciam nacional.

Esta gigantesca contienda sólo ha per-

mitido pequeñas treguas de aparente inercia que no han servido al fin y á la postre más que para preparar, en la sombra, el brusco advenimiento de luchas pasionales más cruentas y más desesperadas y más inícuas no de otra suerte, que, tras de la calma ficticia de una atmósfera silente se elabora en los elementos preparados al estrago el estallido de la tempestad que desde el caótico fondo de sus vórtices preparará en las cosas la reacción saludable de la vida . . . !

Debido á esa premisa de tan fehacientes enunciados ha resultado la indeclinable consecuencia de que, si tenemos una historia antigua más ó menos completa, de México, formada por la laboriosidad de un fray Diego Durán, de un Orozco y Berra, de un Icazbalceta, etc., carecemos, en cambio, por completo, de un número, aunque él pequeño fuese, de obras de severo análisis y escrupulosa puntualidad



de historia contemporánea, puesto que, las poquísimas existentes, adolecen, acaso sin excepciones de los defectos y de los extravíos y de las corruptelas que son y han sido siempre inherentes á las etapas de combate y á los factores de desorganización y de estacionamiento ya especificados con antelación.

Los trabajos nacionales del género que vengo estudiando han revestido y revisitan hasta hoy, y es muy probable que revisitan todavía por algún tiempo un aspecto y un carácter, casi neto, de proclamas, en las que se sustentan como en una tribuna de arengas las ambiciones de los partidos y de los grupos y de las facciones y de las plataformas políticas.

Efectivamente:

Tanto en el colorido como en la forma de los libros á que hago contracción se encuentra desde luego manifestada en la entelequia una intención más bien litera-

ria ó didáctica que de verdadera filosofía histórica. ....

\* \* \*

Pero todas estas verdades no rezan directamente con el descomunal y famosísimo y asenderado caballero manchego que asombrando á los siglos pasados y á los presentes y á los venideros campea en la fauna bajo el nombre de Fernando Iglesias Calderón.

En manera alguna!

Ese perínclito justador de la quimera por obra de una de las infinitas ironías de la veleidosa casualidad, ha llegado á ser, dueño, de una buena porción de documentos, que le han trastornado los verminosos aposentos de la cabeza, de la misma manera que al héroe cervantesco las consejas de la andante caballería, compeliéndole á buscar, lanza en ristre,



con ruines procederes, malandanzas ridículas, en el campo escabroso de la crítica, las cuales han terminado por hacerle creerse en un acceso de megalomanía patológica una especie de «sursum corda» de la historia de México!

Ese perínclito justador de la quimera desde los fatigados lomos del «científico» rocinante en que cabalga ostentando sobre sus grotescos arreos una bacía de barbero á guisa de yelmo de Mambrino, obsediado, hasta la locura, por los históricos oráculos de una nueva pitonisa, por falta acaso, de una tobosina Dulcinea, no hace otra cosa que acatarrarnos y aturdirnos y torturarnos y fastidiarnos con la insufrible monomanía de megalomaníaco grafómano que le acomete en el contumaz y ridículo afán de las rectificaciones históricas chirles . . . . !

\* \* \*

Entregado como siempre me he hallado á los estudios y á las observaciones y á las batallas literarias, apenas pude darme cabal cuenta, cuando tenía veintitrés años, de la polémica entablada entre Don Fernando Iglesias Calderón y los entonces celebrados poetas Jesús E. Valenzuela y Juan de Dios Peza, con motivo de los honores decretados á los restos mortales del General Riva Palacio, fallecido en Madrid el veintidós de noviembre de mil ochocientos noventa y seis, data, que no olvido, porque, ella me recuerda la dulce época en que lleno de ilusiones para el porvenir, hacía mis prístinas armas en la brega de las letras bellas, publicando mi primer libro de novelas.

Sin embargo, fué tan duro y venenoso el ataque hecho en aquellos días, por el



mencionado Don Fernando Iglesias Calderón, á la memoria del talentoso chinaco autor de las canciones más populares y revolucionarias que he conocido en el país, que, á pesar de serme ajenas del todo las disquisiciones de la política militante y de estar por razón de mi edad é inexperiencia tan completamente alejado de la efervescencia de los partidos, mi curiosidad se creció, excitándose ante la agrura de la discusión y con insistencia y con empeño procuré inquirir quién era ese brioso polemista que con los acentos de la más profunda convicción invocaba el ejemplo de Emilio Zolá discutiendo por lo que él llamaba la verdad y qué afanes y qué propósitos y qué móviles lo impulsaban, con tan rara acometividad, á la deturpación de un cadáver que apenas comenzaba á ceder á la acción disgregadora de la química bajo la indiferente lápida del sepulcro. . . . .

Confieso sinceramente que un generoso movimiento de simpatía juvenil se apoderó de mi ánimo, al tener completo conocimiento de las amargas y de los desalientos y de las tristezas y de las decepciones, que, indudablemente debieron amamantar la atribulada infancia del publicista que me preocupaba, pues siendo hijo del Licenciado José María Iglesias, debió recibir, en el período crítico de la existencia en que comienza á conformarse el carácter la herencia de todas las cualidades y de todos los defectos, de quien, por causa de imperdonables errores tuvo que arrastrar los últimos años de su vida alejado radicalmente de la intensa vida política á que lo llamaran en otras circunstancias sus buenos antecedentes y sus nobles intenciones y sus altos servicios á la patria en los aciagos y luctuosos días de la nefasta y triste intervención francesa.

Entonces comprendí sin violentar la



mente que el solitario heredero de tan distinguido hombre de Estado debía sentirse profundamente lastimado en su altivez y en su ambición y en su filial amor por el abandono, en que murió su progenitor, y, por la comparación, que, forzosamente, debía establecer su criterio, entre la indiferencia de frialdad hiperbórea con que el mundo oficial vió la desaparición de su querido engendrador y los honores entusiastas y casi apoteóticos tributados al cuerpo del General Vicente Riva Palacio.

Por otra parte:

La defensa del gemebundo vate del hogar doméstico revistió muy poca convicción...

Lo cual era muy natural.

Es el menos á propósito para defender el honor de un patricio.

Sí, llamó un poco mi atención el que, fuera «El Universal» que era en ese tiem-

po el periódico de más renombre y el de más polendas y el más espléndidamente subvencionado por el dinero del pueblo, el que diera cabida á la producción un tanto cuanto intemperante de un enemigo, aunque en realidad metafísico, por su inofensividad, no por ello menos irreconciliable de la administración porfirista...

Ocurriría que en el fondo el difunto guerrero era persona no grata al referido gobierno.....?

Fué un juego de pelota el verificado entonces por los sapientísimos redactores de aquella publicación.....?

El olvido llegó muy pronto para sepultar bajo sus pardas telarañas las peripecias de aquella controversia.

En verdad digo que la persona de Don Fernando Iglesias Calderón no volvió á incitar mi atención sino hasta cuando en el año de mil novecientos uno publicó un volumen titulado:



«Un libro del actual Ministro de la Guerra.»

Ese tomo, por el encono y por la pasión y por la mal disimulada rabia, con que está redactado, provocó nuevamente mi deseo de averiguación, haciendo, que, volviera á preguntarme acuciado por impaciente interés cuáles finalidades y cuáles programas y cuáles intenciones perseguía el hipocondriaco y boto autor para procurar á toda costa y de todas maneras el desprestigio y el desdoro de un valiente militar indiscutiblemente más culto que todos los soberbios y gloriosos caciques, á quienes, con enronquecida y plañidera y geremiaca lira, hacen ostentar, ante el asombro público, como á héroes de feria, con D. Fernando Iglesias Calderón, los que, incapacitados para comprender la época y sus perentorias y forzosas necesidades simulan pretender con toda perfidia y todo dolo y todo cál-

culo la substitución de la dictadura del General Porfirio Díaz, por otra, si no más viril, al menos de todo punto y escandalosamente corrompida!

Entonces me dediqué á la lectura de muchos documentos perdidos entre el revuelto oleaje del periodismo, y aun cuando carente de sibila estéril, como dijera cierto vigoroso escritor, pero infatigable vestal, conservadora del fuego sacro de un odio paterno, como agregó yo, pude colegir sin gran trabajo, cuáles son los rumbos y cuáles las tendencias y cuáles las orientaciones del grande hombre que á sí mismo se glorifica y enaltece, poniéndose á mucha altura y muy por encima de cuantos dentro y fuera de México se han ocupado y se ocupan por tratar la historia nacional contemporánea.

Por último:

Llegó á mis manos casualmente el reciente trabajo del incansable D. Fernan-



do Iglesias Calderón titulado «El egoísmo americano durante la Intervención Francesa,» en el que, con toda malicia y toda zaña, se procura, no solamente herir y golpear la delicada susceptibilidad del actual Ministro de Relaciones Licenciado Ignacio Mariscal, sino también, provocarle un positivo y dañoso desprestigio, que, pesados los antecedentes ya considerados relativamente á la insinceridad malandrinesca de nuestro historiador, sólo puede ser inspirado en la espesura de la sombra por un odio y por un despecho incommensurables casi inflamados probablemente por una rivalidad encubierta cual trágico espectro entre las nebulosas é impenetrables brumas de un próximo futuro. . . .

Enfrentado ante el hecho fehaciente, resolví arrancar la careta al Zoilo, poniendo, ante la expectación pública, la conjuración que incubaba en la Suprema

Corte de Justicia desde el año de mil ochocientos setenta y seis, formó el huevo infecundo conocido en nuestra historia nacional con el nombre de Plan de Salamanca, huevo que, fragmentado ridículamente en la batalla de «Los Adobes» y diluido después, por modo artero, en las redacciones de los periódicos subvencionados, especialmente en «La Libertad,» provocó, en mil ochocientos noventa y tres, el famoso y ponderado parto de los montes anunciado en la Cámara de Diputados como una buena nueva por la estentorea y detonante voz del Júpiter del «cientificismo» como fruto olímpico de la neoformación iglesista incubada en las enmarañadas intrigas de las farsas electorales con el pomposo nombre de «Unión Liberal» . . . .

En concreto me propongo:

1.º Demostrar que el odio de Don Fernando Iglesias Calderón hacia el gobier-